

PROSA Y VERSO

Periodico literario

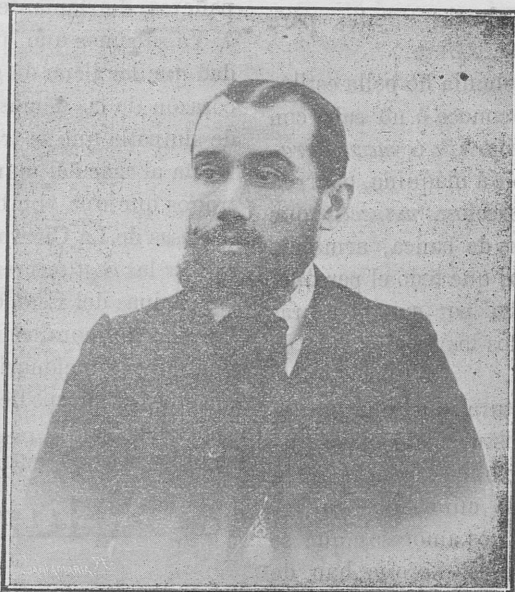


Redacción y Administración: Pedro de la Gasca, 7

Año II.—Segunda época.—Núm. 25.

AVILA 22 DE FEBRERO DE 1908

LOS DE CASA



Juan Salgado y Santiago.

SUMARIO

Entre sábados, por Nanclares.—Humorada, por A. de Tapia
Autobiografía, por Juan Salgado.—El canto del buen trova-
dor, por Juan Ruiz de Salazar.—Escoria humana, por
Guillermo García.—Soneto, por Cecilio Benitez.—Ante
la estatua de Cervantes, por Eduardo Santiago Fuentes,
Del destino.—por Pedro A. Morgado.—Idealidad, por Cé-
sar Giménez de Cisneros.—Picadillo.—Apartado de "Pro-
sa y Verso,, por El Cartero.



¿Han visto ustedes una graciosa cinta que se ha exhibido estos días en el Coliseo, titulada La bella estilógrafa?

Supongo que sí la habrán visto ustedes, aunque no haya sido precisamente el día que se dió la función á beneficio de la clase obrera; porque, ese día, ya pude observar que como una sola persona brillaron por su ausencia todas las que más en el deber estaban de asistir. Pero bién; esto es asunto para más tratado en sério y hoy no es ese mi objeto. De enseñanza le servirá al venerable abuelo Pepillo, para recordar aquello de *cria cuervos..... etc.*

Y voy á mi objeto; en esa película de bella estilógrafa, que por si alguno no la conoce ó no sabe con qué se come la palabreja, *estilógrafa ó mecanógrafa*, es la que se dedica á escribir á máquina, ocurren la mar de peripecias con una preciosa *manzelle* que adquiere colocación en una casa de banca, armando tal revolución con su presencia, que todo el personal de las oficinas anda de cabeza por sus hechuras desordenando por completo todos los servicios de la casa.

Indudablemente, es muy natural que una mujer joven y bonita produzca esos disturbios sociales cayendo en unas oficinas del sexo feo, y esta es la razón de que al contemplar esa cinta, esté yo temiéndome la tempestad de delirios amorosos que se cierne sobre la casa de Telégrafos; porque han de saber ustedes que dentro de pocos días tendremos dos lindas manipuladoras haciendo tlac... tlac, en el Mors y el Hügues de esta central. Digo que serán lindas, porque no me explico que pueda haber telegrafista fea; si yo formara parte del tribunal examinador calificaría los puntos del exámen por los puntos que calce cada una en hechizos.

Tendría esto el inconveniente de que se cursaran los telegramas con retraso y á veces que dijeran precisamente lo contrario de lo que escribe el público en las hojas, pero después de aquello del concejal segoviano que compró un *landeau* en Madrid, y al telegrafiar que salieran á recogerle, recibieron en Segovia un telegrama que decía *Elándo Villalba. Salgan mblos Ayuntamiento*, (1) que más nos dá que nos pongan *tuberculo ó ver... tu... etc.* La cuestión es que se va generalizando la intrusión de las faldas en los dominios del sexo fuerte y mucho me temo que acabará por ser débil si cualquier día se fragua un pronunciamiento feminista al grito de ¡vivan las faldas y abajo los pantalones!

A nosotros los periodistas que tenemos necesariamente que andar en continuo roce con los empleados de telégrafos, desde luego nos ha de ser mucho más simpático el roce y más agradable el despacho, si vemos asomar por la ventanilla una carita de angel en vez de una fisonomía ceñosa y mostachuda.

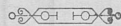
Lo peor va á ser para los empleados que tengan que hacer el servicio con ellas; y más todavía si son casados; y peor aún, si ellas guapas; y requetepeor si las esposas de ellos son celosas! ¡Pobres hombres! les compadezco en esto, pero en cambio se les puede envidiar en cuanto á la proximidad de comunicaciones y váyase lo otro por lo uno, que bien merece coscorrón el bollo. Después de todo es cuestión de pequeños desperfectos en el físico individual; detalle que no pasará desapercibido para las telegrafistas que cuidarán de observar la cara de sus compañeros, diariamente.

Ya sabemos que, para las mujeres, es una vanidad que las llena de gozo, el despertar celos en el corazón de las demás. Por lo cual, con un poquito de simpatía que se traigan las niñas y alguna miradita al azar del manipuleo, van á hacer más extragos que una bomba Orsini.

Cosas de La Cierva. Nos cierra los cines para moralizar las costumbres y nos introduce señoritas en las oficinas del Estado para que perdamos los estribos y se desmoralicen los servicios. Dentro de poco tendremos funcionarias en todas las dependencias; hasta en el cuerpo de Seguridad.



Humorada.



Cierta viuda que gustaba de un Galeno, por hablarle pretestando consultarle con frecuencia le llamaba; pues su mente concebía

(1) Histórico.

que viéndola tan hermosa
pudiese llegar el día
en que la hiciera su esposa.

El Doctor que comprendió
la intención de la viudita,
al hacerle una visita
con sorna le preguntó:

—¿Quiere decirme señora
con claridad lo que siente?
Su enfermedad, francamente
no la entiendo por ahora.

—Siento á ratos calentura,
y en el cuerpo un hormigueo...

—¡Ah! vamos; por lo que veo
sencilisima es su cura.

Y si pretende sanar
con rapidéz su dolencia,
le aconseja mi experiencia,
se vuelva presto á casar.

—Eso no es fácil Doctor;
y menos en la viudez.
Para casarme otra vez
he de sentir mucho amor.
Porque ya sabe muy bien
que eso no es grano de anís
y para hacer mi *repris*,
tengo que mirar con quién.

Mi corazón sólo diera,
con franqueza se lo digo
si encontrara algun amigo
que á usted se le pareciera.

Con usted Doctor, no hay duda
cualquier mujer se casara:
yo dejaba de ser viuda
como usted me enamorara.
Únicamente, así es como
no habia que pensar mucho.
Mas el Doctor que es muy ducho
constestó con grande aplomo.

—Le doy infinitas gracias
por su opinión, que respeto,
pero yo sólo receto.

Para algo son las farmacias.
En su caso extraordinario
le indico el procedimiento:
más para el medicamento
acuda usted á un boticario.

A. de Tapia.



Autobiografía

Juan Salgado Santiago.

Yo no sé si á los lectores de PROSA Y VERSO les agrada leer las autobiografías que por mandato imperativo de nuestro simpátiquísimo Director Carrizo estamos dando á la publicidad los modestos redactores de éste semanario. Por lo menos tendrán una finalidad y es, que servirán de estímulo para que algunas personalidades de ésta caballerosa ciudad, más dignas que nosotros de que su retrato y sus datos biográficos sean conocidos del público, nos presenten su valioso concurso para completar una interesante galería de abulenses ilustres, empresa no acometida por ninguna publicación en Avila y que PROSA Y VERSO se propone realizar.

Sírvame esto de disculpa, y no considereis como atrevimiento lo que es el cumplimiento de un deber, ni confundais por tanto esta autobiografía con un pedantesco *autobombo*.

Dicho esto á guisa de prólogo, entremos en materia.

Yo recuerdo perfectamente que nací en un día del mes de mayo de 1875, en Coreses, pintoresco pueblecillo de la provincia de Zamora, famoso por sus minas de *zis-gras* para la confección de las renombradas cazuelas y pucheros.

Recibi las aguas bautismales apadrinado por un coloradote y simpático labriego que no ostentaba más títulos que ser hijo de un concejal del Ayuntamiento, pero que se parecía extraordinariamente al ilustre Mendizábal, lo cual no deja de ser una honra tanto para él como para mí.

Mis primeros *pasos* por el escabroso sendero de la vida y por las calles de mi pueblo fueron seguros, gracias á la ayuda de un fuerte carretón de madera que me sostenía, pero en cuanto dejé su tutela, dí un tropezón que me puso en condiciones de manejar la *muleta* mejor que el Guerra y la cual pongo á disposición de la primera empresa de la nueva plaza de toros (en proyecto de construcción).

Huérfano de madre á los pocos años, la bondad y cariño de un tío, Oficial de Ejército á la sazón, me llevó á su lado encargándose de mi educación y recorrer algunas de las pintorescas provincias vascas sin poder aprender ni una palabra de eúscaro á pesar del esquisito cuidado que para ello ponía, quedando convencido de mi poca aptitud para las lenguas *muertas*.

En el año de 1887 comencé en la provincia de Salamanca los estudios de segunda enseñanza, lo

cual supone que había terminado la primera, concluyendo aquellos en Valladolid en 1892 sin más que un ligero *tropiezo* en Historia de España, que estudiaba con poco agrado porque nunca me gustó averiguar vidas ajenas.

Decidido á emprender una carrera que me pusiera en condiciones de luchar por la vida, opté por la de Derecho, y aunque quiso *torcerse* en sus comienzos, la terminé en 1908 en la Universidad pinciana y de un modo *brillante* aunque está mal que yo lo diga.

De ésta época de estudiante de Facultad y hasta con *facultades*, conservo los más gratos recuerdos de mi vida, los buenos compañeros de clase, la tertulia en el rincón del café, las conquistas amorosas, los meetings y algaradas estudiantiles tan frecuentes y por cualquier nimiedad promovidos para faltar algunos días á las aulas. Por aquel entonces se despertaron también en mí las aficiones al periodismo y á la literatura y fui redactor fundador de la revista literaria y artística *Cara y Cruz* y más tarde colaborador del *Heraldo de Valladolid* y redactor-corresponsal del *Heraldo de Administración y Contabilidad*, revista profesional publicada en Madrid y órgano defensor de los Contadores de fondos y Secretarios de Diputaciones á cuyo cuerpo de aspirantes tengo el honor de pertenecer desde el año 1900 en que se celebraron las últimas oposiciones, primeras á que yo me lancé desde la terminación de mi carrera.

Nada de interés merece referirse en el transcurso de éstos años hasta llegar al mes de mayo de 1906. *Recluido* en mi pueblo natal la mayor parte de éste tiempo, vegetando más que viviendo, y administrando á ratos justicia desde el Juzgado municipal, llegó un momento en que la nostalgia de la vida activa, de la vida de capital de provincia, siquiera sea de 3.ª clase como por clasificación me ha correspondido, me decidieran á tomar parte en las oposiciones á Oficiales de Hacienda de la clase de cuartos, con 2.000 pesetas de sueldo y el 12 por 100 de descuento. ¡Una canongía!

Hecha la preparación teórico-práctica exigida por el programa me dispuse á salir para la Corte y desde este momento mi Autobiografía merece capítulo aparte con este sugestivo título:

El hombre de la maleta misteriosa.

Se acercaba el día de la boda de S. M. el Rey y las precauciones adoptadas por la policía para evitar el acceso á la Corte de los temibles anarquistas, eran si se quiere exageradas.

Yo, con una enorme maleta repleta de libros y alguna ropa, arribé á la estación del Norte, uno de los primeros días del mes mayo y en ella me esperaba un cariñoso amigo y paisano á quien previamente había encargado me buscara hospedaje, y al

manifestarme que tenía apalabradas dos habitaciones para que yo eligiera, entregué el talón de mi equipaje á un mozo de estación, con las señas de la casa de mi amigo, San Vicente Alta núm. 29.

Satisfecho con un modesto cuarto que me había buscado en la calle de la Aduana, me quedé instalado en él aquella misma noche y me retiré á descansar de las molestias del viaje, prometiendo á mi amigo pasar al siguiente día á su domicilio á recoger mi maleta, *engalanarme* y presentarme en el Ministerio de Hacienda á ver en que lugar me correspondía actuar en el primer ejercicio.

¡Cuan ajeno me hallaba yo á las investigaciones que en aquellos momentos hacia ya sobre mi equipaje y mi persona la policía!

Pero no anticipemos los acontecimientos.

Después de un sueño reparador y cuando á la mañana siguiente me disponía á regodearme con el desayuno, se me ocurrió recorrer la vista por los epígrafes del *El Liberal*, llamando mi atención uno que en letras muy gordas decía; *Otra maleta misteriosa*.

Estimulada mi curiosidad por lo sugestivo del título, comencé á leerlo, pasando un rato delicioso con las aventuras que allí se referían de una pobre maleta y de un desconocido y misterioso viajero que la había abandonado. A las once de la noche anterior, había llegado un mozo de estación á la calle de la Palma Alta núm. 29 preguntando por un viajero procedente de Medina que le había ordenado conducir allí una maleta. La portera de la casa preguntó á todos los inquilinos y ninguno conocía ni esperaba al misterioso viajero, cuando uno de los vecinos, sin duda queriendo hacer un *chiste* y tomando en la mano la maleta se le ocurrió decir que por el peso debía contener bombas de dinamita.

Oír esto el mozo que la había conducido y emprender vergonzosa fuga abandonando el equipaje, todo fué uno.

Alarmados los vecinos con el *hallazgo* dan cuenta inmediata á la Comisaría del distrito y dos *heróicos* guardias de seguridad seguidos por nutrido coro de porteras, golfos y vecinos, conducen la misteriosa maleta á la Comisaría, desde donde después de formar un voluminoso y *luminoso* atestado la trasladan al local del Juzgado de guardia, depositándola con mucho cuidado y mirándola con recelo temiendo estallara de un momento á otro.

Nuevas diligencias en averiguación de la procedencia de la maleta y en busca de su siempre misterioso dueño, declaraciones de guardias y vecinos y por fin acuerdo del señor Juez para que con toda clase de precauciones se procediera por un maestro cerrajero á su apertura en plena vía pública para evitar una hecatombe en el edificio.

Abierta la maleta, un guardia de seguridad intro-

dujo su hábil mano y tropezando enseguida un objeto duro y de mucho peso, ¡aquí está! exclamó triunfalmente y sacó en lugar de la bomba esperada un tomo de Derecho Administrativo del Sr. Santamaria de Paredes! ¡Dinamita intelectual!—En fin, que la policía se había tirado una plancha y resultó que en lugar de pertenecer el equipaje á un temible anarquista, era de un pacífico opositor á *Oficiales de Hacienda*.

Al llegar á este punto mi lectura, di un salto de la silla, porque este final era para mí una revelación. ¡El incógnito viajero, el temible anarquista á quien la Justicia había estado buscando durante toda la noche era yo! ¡la maleta misteriosa, era la mía!

El mozo había confundido las señas de la casa, dando lugar á este boceto trágico-cómico en que yo jugaba el papel de actor principal sin saberlo.

Para deshacer el enredo y lograr recuperar mi maleta justificando ser su dueño al par que un pacífico y bondadoso ciudadano, me costó un jubileo durante todo el día, declarar varias veces y firmar no sé cuantas actas.

De regreso á mi pueblo después de aprobado el primer ejercicio y cuando disponía de nuevo el viaje para practicar el segundo, prometí formalmente no separarme de mi maleta al llegar á Madrid, pero ¡oh fatalidad! en el túnel del Guadarrama tuvimos la desdicha de tropezar con una corrida de reses bravas, que quedaron en la via hechas un bistefk (sin patatas) pero que hicieron descarrilar el convoy, quedando destrozados diez y ocho coches, en uno de los cuales viajaba un servidor, que no sufrió más que ligeros rasguños en una mano, pero que tampoco logró llegar á Madrid con su maleta como había prometido, porque *á fortiori* tuvo que dejarla abandonada en el furgón de cola que quedó dentro del túnel.

Y aquí me teneis. Para lograr llegar á ser Oficial de Hacienda de la clase de cuartos y redactor de PROSA Y VERSO, he necesitado, hacerme Bachiller en Artes, Licenciado en Derecho Civil y Canónico, preparar un programa de oposiciones, pasar por anarquista y sufrir un descarrilamiento.

Juan Salgado.



EL CANTO DEL BUEN TROVADOR (1)

FRAGMENTO

Delante de su señora,
que en alto sitial sentada,
muestra en su aspecto el pesar
y en su semblante las lágrimas,

(1) Del libro en preparación «Ultimo ensueño.»

de pié está el buen trovador:
sin colores en su cara,
sin canciones en su boca
sin alegría en su alma.
En el vecino jardin
deshila su chorro el agua,
y no se alzan más rurno es
en la quietud de la estancia,
que el gemir de la doncella
y el llorar de la fontana.

—Alejate trovador

—dice la princesa pálida
alejate trovador
alejate de esta casa
donde en vez de tus canciones
deben resonar plegarias.
—No vengo á cantar señora,
porque al saber que llorabas
he arrojado mi laud
en los fosos de la entrada
vengo á decirte un cantar
que yo en mi pecho guardaba
para cantártelo á solas
cuando tus ojos lloraran.

Para hollar tu misma senda
me he olvidado de mi patria
me he olvidado de mis penas
para enjugarte las lágrimas
y si no quieres que loca
turbe mi pasión tus ansias...
me olvidaré de mi carne
para que seas mi hermana

JUAN RUIZ DE SALAZAR.



ESCORIA HUMANA

No siempre cegáis ¡oh reflejos deslumbrantes de la vida de las quimeras! con fantásticos resplandores de la ilusión; que también las espesas brumas de vuestros ensueños en las mentes soñadoras, se rompen y se rasgan y se hacen mil jirones. Y un jirón se hizo en la mía, y libre de fantasías mi cerebro y mis ojos de visiones, por el penetró mi mirada y escrutó esos parajes lúgubres donde las humanas miserias pululan.

Las vi y las contemplé. ¿Vagamente? Acaso. Lo bastante al menos para estimular mi alma á pensar en las infamias de los malvados y en los dolores de los vencidos; en los sufrimientos que producen las torturas del infortunio, y en la piedad que nace ante las miserias del cocido.

Lo vieron mis ojos, y el corazón pareció latir con toda la fuerza de los sentimientos, despertá los á la

indignación y la ira, al contemplar ese desequilibrio constante que existe entre lo que es, y lo que debiera ser, con arreglo á los dictados de la razón y del amor.

A su vista coordiné mis recuerdos. ¡Ah! ¡Fueron bien claros los detalles de las imágenes que evocé! ¡No me hizo traiciones la memoria! Bien fiel he sido al recordarme emociones pasadas, aunque no lejanas, y abrirme ante los ojos del espíritu una página vivida. He visto en mi imaginación todo el recuerdo claro y conciso de mi vida espiritual en aquel día: de mis nervios las sensaciones trágicas, del alma un pensamiento triste, y del corazón una ira.

Hoy, el desenlace previsto y lastimoso ha unido en mi pensamiento toda la historia recogida por la observación. Acude á mi memoria la visión de aquella imagen sombría que antaño ví.

No puedo, aunque lo pretendo, guardar el secreto. Era una mujer, vieja y caduca, que acurrucaba sobre su exhausto seno un niño raquítico y debil. Se lamentaba aquella vieja armazón humana de la extenuación lenta de la infeliz criatura, si nó con ese sentimiento de madre que vibra tristemente en las dolorosas quejas exhaladas, al menos, si con el acento cascado de las decrepitas existencias, que aun conservan en el desvencijado corazón, ecos apagados que repercuten por sus páramos seniles con el acento debil que aun ha quedado de pasiones muertas. ¡Bien extraño sería que alguien sospechare, si el espectro infantil habria sido engendrado, en las postrimerias de la vida por aquel caduco espectro!

La existencia apenas animada en él, se extinguía. Mi reflexión pareció encontrar lógica su muerte. Arrancado apenas nacido, de los pechos de la madre, le faltó, cual si faltara la vida que se inició, el calor maternal que reacciona, y la leche que vigoriza.

Me indignó en verdad la historia, saturada en cieno, de los orígenes de aquella enclenque osamenta deformada, revestida con un poco de carne fofa y blanducha, sentenciada á solo vivir un momento, si vivir es aniquilarse en las débiles torturas de una carne que, al formarse, se hizo débil, ya acaso raquítica, sentenciada solo á una existencia de dolor material, que sólo puede esperar morir.

¿Sus padres? ¡Bah! ¿Pueden caber en esa palabra, que encierra las más grandes vehemencias pasionales desarrolladas en el corazón que siente y ama, para que padres se les puede llamar, á viles seres, más degradados aun que la bestia, cuando todos los arrebatos de su pasión se fundan en el mezquino placer de un goce material? ¡Máquinas miserables de carne pútrida, máquinas repugnantes, mujeres autómatas y viejos lividinosos, qué pequeños son vuestros placeres, qué groseros, qué caducos, qué viles!

La pobre vieja que velaba aquella lenta extinción, no era su madre. Lo supe por fin. Ausente, quien lo era, anegada con el intenso sentimiento maternal tuvo un impulso de sublime ternura, y legó su hijo á la que era su madre. Y quedó tranquila, ¡no temiendo que temer por su hijo! mientras en el último rincón del lugar lejano, se extinguían juntos el viejo leño carnal encorvado por los años y el vástago joven falto de vida.

Todos estos detalles del recuerdo rememora la memoria en este día, ante el demacrado cadáver del

niño visto por mi por causa de una de esas extraña. coincidencias que prepara en el misterio el destino. He sentido honda impresión, que ha depositado en mi aquellas indignaciones que dormían en el olvido de las cosas pasadas.

¡Pobre criatura! Se ha llevado al lecho de la muerte una prueba que da fe de la existencia de engendros abortos de la infamia, del mal, de la dureza rocosa del corazón; de la inerte frialdad del alma, una prueba de que seres humanos por la forma burlan con sarcasmo la ley natural de la paternidad y del amor.

¿Qué piensan, en tanto el niño traspasa las puertas de la eternidad, aquel cerebro hueco de mujer y de madre, y aquella mente rastrera de decrepito? ¡Ah berrugas del árbol de la vida! Yo para mi, estoy en que el único deseo, la sola pasión, amor ó instinto que existió en ellos murió hace tiempo. Estoy por crecer y llegar hasta la evidencia, al decir que; solo en ellos hubo egoísmo rastrero y placer grosero; que jamás en la parodia de su amor, acariciaron el sentimiento de las ternuras del corazón que siente la intensidad de la vida.

¿Creeréis que alguna lágrima habrá surcado sus mejillas al saber tal muerte? ¿que habrá estremecido sus entrañas un latido de dolor? No lo penseis. sin duda alguna, lo que han sentido, es gozo. Han saboreado la muerte como quien desecha el peso fatal que en la imaginación hace una pesadilla.

¡Ah! Mi odio clame porque, en tales casos en que la carroña y la podre de la vida quieren gozar, la Naturaleza faltara á la inflexibilidad de sus leyes y sólo respondiera con el sarcástico castigo de la impotencia.

Guillermo García.



SONETO.

A LA MEMORIA DEL MEJOR DE MIS AMIGOS

José María Areitio.

—(=)—

Si es virtud el amar como un hermano
fué vida de virtud tu corta vida;
¡llevaste una existencia dolorida
y has sabido morir como cristiano!

Del mundo al vislumbrar triste y liviano
de los hombres la dicha envilecida,
quiso elevarse tu alma engrandecida
del sideral espacio en el arcano.

Yo á tu padre al mirar meditabundo,
el día de tu muerte, en su desvelo
llorando con dolor seco y profundo,

le prodigué palabras de consuelo:
¡si tiene un hijo menos en el mundo
un ángel más le vela desde el cielo!

Cecilio Benitez.

Enero 1908.



Ante la estatua de Cervantes

Es el caso que una noche pensativo, vacilante llena la mente de ideas y el estómago de aire bajé los cien escalones que hay de mi cuarto á la calle y sin saber cómo ó cuando di en la plaza de Cervantes. No sé que tiene este sitio que á pesar mío me atrae como el abismo á los cuerpos ó el imán á los metales. Me senté frente á la estatua y al ver la faz venerable de aquel soldado valiente de aquel cautivo arrogante, de aquel escritor modelo que apesar de ser tan grande por las humanas envidias murió pobre y miserable mis duelos fueron menores y menor también mi hambre. Pensando en sus desventuras y recordando pasajes de su ingenioso manchego, tal vez el alba me hallase á no ser por un bolsista conocido en todas partes y un pillete redomado que vinieron á sacarme de mis reflexiones ambos; frente á la estatua parándose uno en pos de otro la miran sonrien y haciendo alarde de su inspiración poética con voz y entonación grave le largan estas quintillas que al punto copié con lapiz.

El bolsista.

—¡Fuiste pobre! ¡suerte fiera yo tengo millones cien! á tí el mundo te venera y á mí el día que me muera *requiescat in pace*, amen.

El pillete.

—Te estoy viendo vis á vis y no puedo comprender cómo ¡con tanto saber! á vivir sobre el país nunca llegaste á aprender.

EDUARDO SANTIAGO FUENTES.

DEL DESTINO

A la que fué mi vida

Se deshizo el encanto. La sentida remembranza de amor profundo fuerte, no vibrará ya en mi. Fuiste mi vida...

¡Ya... no puedo quererte!

Y retiembla la estrella del olvido con palidez fatídica de muerte...

Hay *un algo* en su luz: lo he presentido

¡Ya no puedo quererte!

Hay *un algo* en su luz; luz de aureola fantástica de amor; de amor que inmola su gris destino en aras de la suerte...

Ya no vibra la estrella: Se ha desbecho en soplos de ilusión... ¡Lo dice el pecho!

¡¡Ya... no puedo quererte!!

PEDRO A. MORGADO.

Sevilla-1908.

Del libro muy próximo «Hacia la luz.»



IDEALIDAD

A la distinguida y simpática Srta. Angeles Masoti.

AMOR

Solo quiero vivir, donde respire la esencia de tu célica hermosura, y en la gloria ideal de tu ternura suspirar de dolor cuando suspire.

Solo quiero vivir donde me mires con éxtasis de amor y con locura, y arrullado al calor de tu alma pura, solicito morir cuando tu expires.

Si en la senda infeliz de mis pesares, lograra con tu amor alzar altares donde yo pueda orar mi fe perdida, cesarian mi dolor y mis desvelos, ¡y la imagen feliz de mis anhelos adorarla sabré toda mi vida.

LUZ

Hay en tus ojos esa luz divina de virgen celestial. Ella es sustento de la irradiante luz del pensamiento que á mi abrumadamente la ilumina.

En tus ojos la luz brilla y fascina como estrella en el ancho firmamento, alumbrando el abismo de mi cruento pesar aterrador que me asesina.

En el sepulcro triste de mi pecho;

do anida el corazón por ti deshecho
á causa del dolor de mis enojos,

hay un rayo de luz de tu alma pura,
y esa sublime luz, ¡aun más fulgura
que la luz irradiante de tus ojos!

POESÍA

Soy el poeta delirante y loco
que, en los sueños de mágica ventura,
canta en ritmos de amor á tu hermosura
que es la celeste musa que yo invoco.

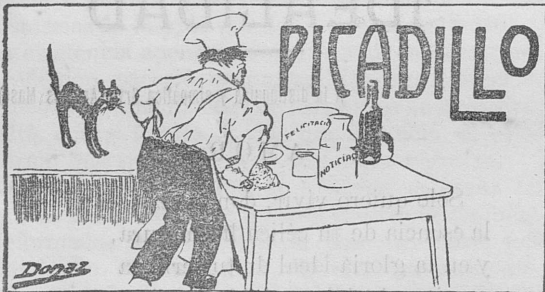
Cuando en delirio al paroxismo toco
cegado por la luz de mi locura,
surge esbelta y airosa tu figura
y al fin en dichas mis pesares troco.

Eres tu celestial.... Musa que entona
simpática y alegre y juguetona
estrofas de dolor y de alegría
cuando mi lira inspiración levanta.

Eres tu para mí.... ¡Sublime y santa
Idealidad de Amor, Luz y Poesía!

CÉSAR GIMENEZ DE CISNEROS.

Velez-Rubio (Almería.)



¡Ya somos tres!

El día 29 se publicará el nuevo periódico diario
de la mañana *Heraldo Mercantil*.

Sea bien venido y le deseamos una vida próspera.

Según dicen los periódicos de Madrid, el jueves
se publicó un bando del señor Conde de Peñalver,
ordenando la recogida de mendigos.

¿No podría el Sr. Lapuente imitar á su colega?

Porque francamente, está Avila como nunca se ha
conocido.

Los mendigos, forasteros en su mayoría, y los
golfos, invaden las calles y paseos de la población,
dando lugar á escenas que dicen bien poco en favor
de la cultura.

Y ya que la recogida no pueda ser total, al menos
evítese el espectáculo que á diario nos ofrecen
desgraciadas mujeres, que descalzas y á medio vestir,
van implorando la caridad, con dos inocentes
criaturas, una en brazos y otra á la espalda.

Los sentimientos caritativos del pueblo de Avila,
están bien probados y seguramente que si las auto-

ridades intentasen hacer algo en este sentido, no se
verían desairadas en sus buenos propósitos.

A pesar de lo que se ha dicho en contrario, la Re-
dacción de PROSA Y VERSO, no ha sufrido alteración
alguna y sigue constituida por las mismas personas
que desde su fundación vienen figurando como re-
dactores.

El día 12 del actual falleció en Madrid el médico
forense del Juzgado de 1.^a instancia del Distrito de
Palacio D. Pedro Cifuentes de Cabo, hermano de
nuestro querido amigo D. Federico á quien así como
á toda su distinguida familia, enviamos nuestro
sentido pésame.

Se ha posesionado del cargo de Administrador
principal de Correos de esta Capital, D. José Rodríguez
Pérez.

Enviámosle nuestra enhorabuena.

Mañana á las nueve de la misma contraerán ma-
trimonio en la parroquia de San Andrés la señorita
Asunción Fernandez, hija del Administrador de
loterías de esta capital D. Nicolás con el joven fac-
tor de Ferrocarriles D. José Rey.

Serán apadrinados por nuestro compañero en la
prensa el distinguido redactor de «Los Sucesos», de
Madrid Sr. Ruiz y la hermana mayor de la contra-
yente.

Damos nuestra enhorabuena á ambas familias y
deseamos una eterna luna de miel á los futuros es-
posos.



C. B.—Guernica.—Recibida su carta y retrato y le
envio gracias por su complacencia para con nos-
otros. El importe del trimestre puede enviarle en
sellos.

B. P.—Madrid.—Su trabajo irá en el próximo nú-
mero.

C. J. de C.—Velez-Rubio.—Recibida su composi-
ción de la que ya habíamos recibido otro ejem-
plar, no habiéndola publicado por falta de espa-
cio ni acusado recibo por olvido.

A. de T.—Avila.—Sus trabajos que agradecemos
mucho, guardan turno y por eso no se publican
tan pronto como deseáramos.

M. P.—Zaragoza.—Le agradeceré remita el retrato
para su publicación..

EL CARTERO.

B. Manuel, impresor.—AVILA.